



Historia y desventuras del desconocido soldado Schlump



Hans Herbert Grimm

Traducción del alemán a cargo de
Belén Santana

Introducción a cargo de
Volker Weidemann



IMPEDIMENTA



Título original: *Schlump*

Primera edición en Impedimenta: marzo de 2014

Originally published in the German language as “Schlump” by Hans Herbert Grimm © 2014, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Cologne/Germany

First published anonymously in 1928

© Ilustración de cubierta de Emil Preetorius (1885-1975), cortesía de Preetorius Stiftung

Copyright de la introducción © Volker Weidemann, 2014

Ilustraciones del interior de Otto Guth

Copyright de la traducción © Belén Santana, 2014

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2014

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.



La traducción de esta obra ha contado con el apoyo de una subvención del Goethe-Institut, que está financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

ISBN: 978-84-15979-14-2

Depósito Legal: M-14071-2014

IBIC: FC

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Libro primero

Schlump acababa de cumplir dieciséis años cuando en 1914 estalló la guerra. Por la noche habría baile en el Reichsadler, sería el último; al día siguiente debían presentarse los soldados. Tras la puesta de sol, él y su amigo subieron sigilosamente a la galería. No se atrevían a pisar la sala de baile. Los mayores, Dreher y Schlosser, de veinte años, no les cedían ni un ápice de su riqueza. Querían a todas las chicas para ellos solos, no estaban para bromas y podían ser muy zafios. Desde arriba, los dos se asomaron por la barandilla y miraron con avidez la sala que tenían debajo.

Alrededor de la medianoche tocaron una fanfarria y el trompetista anunció un descanso de quince minutos para que las muchachas pudieran refrescarse. Schlump se escabulló con su amigo, al amparo de una agradable noche de verano, bajo los viejos y enormes arcos. Pasó el cuarto de hora y regresaron. Entonces se encontraron con una larga cadena de chicas que iban riéndose; bloqueaban toda la calle. Tenían la misma edad que él y habían ido juntos al colegio, pero ellas,

naturalmente, ya tenían edad para bailar. Eran incluso las más solicitadas por los muchachos. Una de las chicas gritó a Schlump desde la fila:

—¡Eh, tú, moreno, acércate!

Schlump vio cómo la luz de la farola jugueteaba entre unos rizos rubios que ahora parecían casi blancos. No se fiaba de la chica. Sin embargo, aquella muchacha delgada se soltó del grupo, las demás empezaron a animar a Schlump y su amigo le dijo:

—¡Vamos, ve, con esa tienes posibilidades!

Entonces él se acercó. Dos manos lo agarraron y lo arrastraron bajo el espeso follaje hasta un pasadizo estrecho, en cuyo extremo alumbraba una farola mortecina. Eso lo envalentonó, así que cogió a la chica por la cintura y la abrazó. Junto a la farola, tomó su barbilla y la miró a los ojos:

—Eres muy bonita —dijo—, ¿cómo te llamas?

—Johanna —respondió ella en voz baja—, te conozco desde hace tiempo.

Él la arrastró hacia la sombra y la besó larga e intensamente en los labios. Después ella le susurró al oído que la sacara a bailar, que luego podría acompañarla a casa, ya se encargaría ella de dar esquinazo a los otros muchachos.

Schlump volvió a subir sigilosamente a la galería para enseñarle la chica a su amigo, pero no la encontró. Después se fueron a casa. Se sentía dichoso y alegre. Estaba increíblemente feliz y convencido de que en el mundo no podía haber nada más hermoso que las chicas.

Al cabo de unos días se había olvidado de Johanna.

La juventud es derrochadora, vive en el paraíso y no se da cuenta de cuando se cruza con la verdadera felicidad.

Schlump vivía en la parte más alta, debajo del tejado. Su padre era sastre y se llamaba Ferdinand Schulz. Cuando levantaba la vista de la aguja, su mirada sobrevolaba los tejados multicolor de la ciudad vieja y saludaba al guardián de la torre en su pequeño cuarto. La madre había conservado la nariz graciosa y los ojos brillantes de su juventud. Por entonces saltaba las vallas con los demás chiquillos para robar fresas. Y por Carnaval y Pentecostés se ponía unos pantalones e iba cantando por las casas para ganarse un saco lleno de pan salado y trozos de tarta. Pero cuando unos pequeños pechos comenzaron a crecer bajo su blusa y ella se dio cuenta de que, en realidad, era una chica, se retiró a su casa en silencio y se puso a pensar en hermosos vestidos y bonitos zapatos. Sin embargo, cuando celebraban una fiesta se volvía divertida y pizpireta. Los muchachos habrían compartido comedero con el gato con tal de que ella les dedicase una simple mirada.

A los diecisiete eligió al sastre como novio formal y a los diecinueve se casó con él porque le gustó su carácter pausado y sincero. Enseguida celebraron el bautizo, pero la niña murió al poco tiempo. Después pasaron diez años solos. El sastre trabajaba por su cuenta, en casa, cosiendo para la gente junto a la ventana. Envejeció muy rápido. Su pelo corto se tiñó de gris, y su voz sonaba apagada y temerosa. Entretanto, ella dio a luz otro niño al que llamaron Emil, porque el hermano de la madre, que era soldado, también se llamaba así. Emil era la viva imagen de su madre, eso decía la gente. Fue a la escuela y pronto se convirtió en el bromista y el cabecilla de sus compañeros de párvulos. Ya desde lejos se les oía alborotar cuando Emil Schulz hacía sus gracias.

En una ocasión habían montado unas casetas en el mercado para el tiro al pájaro que se iba a celebrar el domingo. Emil se quitó la cartera de la espalda y se metió, junto a sus compañeros, en la primera caseta. Con un tremendo griterío, los pequeños gañanes comenzaron a tirar a la calle todo lo que caía en sus manos. El desastre se avecinaba. El guardia agarró a Emil por el pescuezo y le gritó:

—¡Maldito... Schlump!

Seguramente estaba pensando en granuja, pillastre y todos los demás apelativos que en alemán empiezan por *sch*¹. Emil se llevó una buena tunda y corrió a casa llorando.

Junto al mercado vivía mucha gente trabajadora que pasaba el día delante de sus puestos fumando puros. Ellos lo habían visto todo. Así, cuando al día siguiente el pequeño héroe cruzó con disimulo la plaza del mercado, le dijeron:

—¿Qué, Schlump, quién te ha sacudido en los pantalones?

Y puesto que todos le llamaban Schlump, así se quedó para el resto de su vida.

Sus padres lo mandaron a la escuela secundaria. Lo hicieron con grandes sacrificios porque el colegio era caro y el sastre no tenía dinero. Por Pascua, Schlump aprobó el examen final. El título no le sirvió de mucho, pero como tenía talento para el dibujo, se colocó en una tejeduría y aprendió a dibujar patrones y a hacer figurines. Sin embargo, pensaba en las chicas y en la guerra antes que en su trabajo. Algunos de sus conocidos eran soldados, y él

1. Según se desprende del texto, el apodo *Schlump* es una combinación de *Lump* (granuja, sinvergüenza) y otros sinónimos que alemán empiezan por *sch*, aunque el autor no los menciona expresamente.

también quería alistarse como voluntario. Ya se veía con el uniforme gris de campaña, siendo objeto de las miradas de las chicas, que le regalaban cigarrillos. Entonces se iba a la guerra. Veía brillar el Sol y a los de gris atacar: uno caía, los demás seguían adelante, gritando hurra, y los pantalones rojos desaparecían entre los verdes setos. Por la noche los soldados se sentaban en torno a una hoguera y se ponían a charlar sobre sus hogares. Uno de ellos entonaba un canto melancólico. Fuera, en la oscuridad, las parejas de guardia estaban apoyadas en la embocadura de los fusiles, pensando en sus casas y en el reencuentro. Por la mañana se ponían en camino. Marchaban cantando hacia el campo de batalla, donde unos caían y otros resultaban heridos. Por fin la guerra se ganó y regresaron a casa victoriosos. Las chicas lanzaban flores desde las ventanas y se celebraban fiestas sin cesar. Schlump, en ese momento, supo lo que era el miedo a no poder participar y quiso alistarse, pero sus padres se lo prohibieron.

El día que cumplió diecisiete años fue al cuartel a escondidas y se presentó voluntario. Le hicieron el examen médico y resultó apto para la infantería. Volvió a casa muy orgulloso. Sus padres dejaron de resistirse. Su madre lloró. El 1 de agosto de 1915 metió sus cosas en una caja y se dirigió al cuartel muy ufano.

Schlump era ágil y delgado y de complexión robusta. La instrucción no le costó ningún esfuerzo. Era rápido como una comadreja y hábil con el fusil. Al principio le dolían todas las extremidades, y habría preferido subir a gatas los cinco escalones que llevaban hasta la letrina.

Ya la segunda semana le tocó limpiar el barracón, es decir, ordenarlo e ir a por café. El martes, nada más terminar su

tarea, se enganchó el escabel bajo el brazo y, con la palangana, corrió al cuartel. Pasaba junto al barracón de los suboficiales cuando una mano lo agarró fuertemente del brazo.

—¡Eh, tú, chico! Toma esta moneda. Tráeme un café de la cantina.

Schlump sostuvo la moneda de tres *pfennige* en la mano. El suboficial ya se había esfumado. «Si vas ahora a la cantina», pensó, «tendrás que esperar mucho. Los mayores hacen cola delante del mostrador y no dejan que se cuele ningún recluta. Entonces llegarás tarde a por el café para toda la sección y nadie querrá saber nada de ti, la habrás pifiado para siempre con tu suboficial y todos te tomarán por un zote.» Entonces tuvo una idea: echó la moneda en el cacillo del café, lo escondió detrás de la puerta, abandonó a toda velocidad el barracón de los suboficiales, regresó a su barracón y cogió la cafetera grande, se puso rápidamente las gafas de uno de sus compañeros y salió corriendo a buscar café. Al regresar se encontró con el suboficial, que agitaba el puño, maldecía y estaba hecho una furia. Schlump puso cara de tonto tras las gafas y pasó de largo.

Luego tocó instrucción a cubierto, sentados en taburetes y con ropa de dril. A su alrededor, solo escoria y ventanas mugrientas. En el pabellón hacía un frío helador, el día comenzaba a despuntar. Schlump pensó en la guerra. ¿Y si allí también era todo tan monótono y hacía un frío tan terrible?

Después salieron a practicar ejercicios de marcha. Schlump volvía a estar contento y marchaba en pos de la mañana cantando con las alondras, que, entre trinos, alzaban el vuelo desde las glebas.

* * *

El oficial habilitado Kieselhart estaba a cargo de instruir a los reclutas. Tenía unas costumbres particulares. A menudo se colocaba con disimulo detrás de un pobre recluta y le pellizcaba enérgicamente los fondillos del pantalón. Y pobre de él si no tenía el trasero lo bastante firme: la ira de Kieselhart no conocía límites. Un día se colocó detrás de Schlump, cuyos pantalones colgaban mucho porque les sobraba un metro de tela, pero el superior se encontró con un trasero duro como el acero. Kieselhart lo alabó ante el resto de suboficiales, no lo olvidó jamás y le dio preferencia en todas las ocasiones. Ese fue el primer paso de Schlump en su carrera ascendente (también sería el único).

Solo había una cosa que no le gustaba: cuando vestían el uniforme azul de paseo, debían tener los botones relucientes. Sin embargo, él no tenía la paciencia suficiente para limpiarlos todos de manera que brillaran y resplandecieran como el hierro candente. Al pasar revista, él se levantaba rápidamente los faldones de la guerrera, se frotaba con brío los botones de las mangas izquierda y derecha contra los fondillos del pantalón y luego la fila de botones delanteros con el interior de la manga. Mientras tanto se mantenía todo lo firme que podía y, cuando el sargento mayor se dirigía hacia él, Schlump lo miraba con los ojos más brillantes del mundo. De este modo, el sargento desviaba la mirada hacia su compañero, el mosquetero Speck. Este era zapatero de profesión. Limpiaba y abrillantaba con ferviente afán cada momento que tenía libre. Pero cuando se abrochaba la guerrera, pasaba el pulgar por encima de aquellos espejos relucientes y apagaba su luz. Entonces llegaba el sargento y descargaba sobre el pobre zapatero una tormenta de improperios.

Así, Schlump disfrutaba de mucho tiempo libre que pa-

saba en la cantina. Allí trabajaban dos chicas guapas y obedientes: una era regordeta, de ojos azules y rubia; la otra, flaca, de ojos castaños y coleta marrón. Todas las mañanas, la regordeta escamoteaba un panecillo y un trozo de embutido que él recogía rápidamente antes de irse. Por las tardes, la flaca lo aprovisionaba de chocolate en sus horas de descanso. Y cuando estaban solos en la cantina, ella se ponía el trozo de chocolate negro entre los dientes y Schlump tenía que ir mordisqueándolo lentamente, cosa que hacía encantado.

Un día (bajo los castaños ya estaba muy oscuro) Schlump vio a la rubia ir a coger agua. La siguió presuroso y, galantemente, accionó el brazo de la bomba. Después quiso llevar el cubo, pero ella se negó y la cosa derivó en un agradable forcejeo que acabó transformándose en un beso largo, muy largo. En ese mismo instante salió el viejo *sergeant* Bauch y pasó a su lado. Schlump no llevaba aún el tiempo suficiente de soldado como para encontrar una salida correcta ante cualquier situación de la vida. Se vio en un gran apuro, así que juntó los talones haciendo mucho ruido, apretó a la muchacha férreamente contra su corazón, de forma que aquella ardiente cabecita reposó sobre su hombro, y se llevó la mano derecha a la costura del pantalón.

El *sergeant* era un hombre comprensivo. Él mismo tenía dos hijos de esa edad en el frente, así que sonrió ligeramente y prosiguió su camino.

El tiempo pasaba muy deprisa. Durante ocho semanas la formación se realizaría en su lugar de origen. Ya habían pasado seis. Los reclutas se dirigieron a Altengrabow, donde estaba el campo de maniobras. El subteniente Bobermin los domin-

gos les mandaba dar vueltas al patio del cuartel durante tres horas, sin más órdenes que «¡Cuerpo a tierra! ¡Arriba, ar, ar!», de modo que las novias de los soldados, sentadas en los bancos que había delante del cuartel, empezaban a llorar. Bobermin, poco antes de la partida, pronunció ante los reclutas la siguiente proclama: «¡Firmes! ¡Ahora iréis a Altengrabow, el campo de maniobras! Allí os alojarán en barracones. ¡Agorraos bien el culo todas las noches para que no os lo roben! ¡Rompan filas!».

Todas las mañanas, temprano, muy temprano, emprendían la marcha con una mochila, que entre ellos llamaban *el mono*, repleta de arena a la espalda y munición real en la cartuchera. Hacía frío y estaba gris. Allí estaban los barracones, implacables. Todo sin color, el mundo parecía una fábrica vacía. Los artilleros de al lado aún dormían, no se movía nada. Marcharon durante un buen rato, y la cortina de niebla se abrió, y el sol se elevó, y los reclutas sudaban, y la arena se les pegaba a los ojos y se los cerraba, y el sudor les corría por las mejillas, dejando tras de sí pequeños regueros que goteaban sobre la cartuchera. El cinturón se les clavaba en la cintura y les rozaba, y las layas golpeaban contra los muslos, y el plato les daba en la cabeza al tirar de la mochila. Schlump, esta vez, llevaba la suya llena de arena porque esa mañana lo habían pillado en falta. El suboficial Mückenheim había levantado la tapa de la mochila (Schlump había olvidado atar las correas) y descubrió el saco de arena vacío. Schlump tuvo que llenarlo, presentarse a mediodía en el barracón de suboficiales en perfecto estado de revista, limpio y reluciente, y dar media vuelta cien veces.

Schlump sudaba y la rabia se le acumulaba en el cuerpo. Por fin les permitieron preparar los fusiles y disparar sobre

blancos móviles. Le gustaba ver asomar aquellas cabezas oscuras al otro lado y dispararles. Era entretenido y le entraban más ganas aún de que llegara la guerra.

De regreso tocaron ejercicios tácticos para toda la compañía. El capitán iba a caballo dando las órdenes. Los suboficiales sudaban y torcían el gesto, aunque ellos no llevaban mochila y pagaban su mal humor con los reclutas. Estos tenían que hacer giros y avanzar por la arena, huyendo como liebres acorraladas. Bullían a causa del calor y de la rabia. Se cruzaron con los artilleros que iban somnolientos en sus armones, listos para disparar. Tras el bosquecillo que había delante de la montaña arenosa recibieron la orden de poner cuerpo a tierra, agarrar el fusil con las dos manos y, apoyándose en los codos, subir lentamente la montaña. Eso era lo peor. Algunos se desesperaban tanto que se les saltaban las lágrimas de rabia. Al fin llegaron a la cima. El capitán esperó a que la compañía formara y ordenó en plena marcha: «¡Carguen balas de fogueo y pongan el seguro! ¡La caballería se aproxima por la derecha! ¡Preparen, apunten, fuego!». La descarga tronó, el caballo del capitán se tambaleó y este saltó de la montura. El caballo blanco había recibido un disparo en el cuello. La compañía marchó de regreso a los barracones. Nadie supo jamás el culpable. Schlump se alegró. A él la marcha no le había supuesto tanto esfuerzo porque era fuerte, pero aun así se alegró, ya que confiaba en haber ganado unos días de tranquilidad.

Formaron una larga fila para recoger el rancho. Había tripa de cerdo con chucrut. Schlump se llevó la escudilla llena de comida hirviendo hasta el barracón comedor y quiso sentarse en la primera mesa. Entonces, un soldado de caballería, alto como un árbol, se levantó y le dijo:

—¿Cómo? ¿Tú? ¿Un mono asqueroso quiere comer con nosotros?

Schlump sintió la burla y el desprecio en carne propia, así que cogió la escudilla y la lanzó contra el morro de aquel larguirucho. Este se tambaleó y pegó un grito. El chucrut caliente le abrasó la cara mientras resbalaba hacia el cuello. Sus camaradas se levantaron de golpe y se abalanzaron sobre los de infantería, que en ese momento entraban con las escudillas llenas. Al instante tuvo lugar una batalla con chucrut y escudillas como armas. Hubo heridos en ambos bandos y solo un nutrido destacamento de infantería logró poner paz. Schlump se había esfumado. Los soldados de caballería, llenos de chichones, fueron arrestados.

La noche siguiente se rompió el silencio nocturno de los reclutas. Un rastro rojo marcaba el camino del barracón a la letrina. Los aislaron y comieron separados del resto. A Schlump esto le alegró porque temía la venganza de los de caballería.

Una semana después regresaron con la guarnición.

El 4 de octubre los trasladaron. En la estación tocaban música: sonaba como un grito de dolor anónimo. El llanto de la gente congregada junto al tren partía el corazón. Los soldados estaban nerviosos y expectantes, el futuro los aguardaba como un terrible monstruo al que debían combatir. El viaje duró cinco o seis días. Les hicieron apearse en Libercourt. Luego marcharon por pueblos cochambrosos y se asombraron al ver las casas sobrias y las granjas tristes de los franceses. No había ni un solo jardín coqueto, como los que adornan nuestras casas. Ni una sola fachada con entramado de madera